

FRANCISCO GRACIA ALONSO

PERE BOSCH GIMPERA
Universidad, política, exilio

Marcial Pons Historia
2011

Índice

	<u>Pág.</u>
Agradecimientos.....	11
Abreviaturas	13
Introducción.....	17
1. El acceso al conocimiento	27
2. Un mundo nuevo. Becario de la JAE en Berlín (1911-1914).....	51
3. La Comisión de Investigaciones Prehistóricas y Paleontológicas y la sistematización de la cultura ibérica (1913-1915)	91
4. Regreso a casa. El Servicio de Investigaciones Arqueológicas del Institut d'Estudis Catalans (1915-1923)	101
5. Un joven catedrático intenta aplicar el modelo universitario alemán (1916-1923).....	149
6. Una Escuela de Prehistoria (1916-1939)	195
7. Un investigador de prestigio internacional (1923-1932).....	221
8. De decano a rector. Una universidad politizada (1931-1933)	241
9. De la involución a la esperanza (1934-1936).....	275
10. Una universidad en guerra (1936-1939)	327
11. Un político en la derrota. La Consejería de Justicia de la Generalitat (1937-1939)	365

	<u>Pág.</u>
12. En defensa del patrimonio histórico. El SIA y el Museo de Arqueología durante la guerra (1936-1939).....	387
13. El camino del exilio (1939-1940).....	395
14. Una nueva vida en América (1940-1941)	437
15. Una nueva patria (1941-1948)	453
16. De la UNESCO al CIPSH (1948-1958)	477
17. La rehabilitación académica (1958-1970).....	525
18. El mito del resistente antifranquista (1970-1974)	547
Epílogo.....	571
Bibliografía	581
Índice de ilustraciones.....	589
Índice onomástico	593

Introducción

En la galería que conduce al Paraninfo de la Universidad de Barcelona, una placa de dudoso gusto instalada a principios de la década de 1990 honra a Pere Bosch Gimpera. Es el único rector de la universidad que ha recibido dicho honor, a quien, además, recuerda la *Fundació Bosch i Gimpera*, dependiente de la institución, y que muchos *dentro de la casa* consideran se refiere a dos personas diferentes: «el señor Bosch y el señor Gimpera», ya que Bosch jamás firmó una carta o un trabajo de investigación empleando la conjunción «i» en su nombre, sino que lo hacía con ambos apellidos seguidos o, en ocasiones, introduciendo un guión para unirlos, producto de la inveterada costumbre anglosajona de suprimir el materno... y también de una confusión durante su época de estudiante, cuando en la oficina de correos de Roma retuvieron un cheque de la JAE durante una semana debido a un error de clasificación mientras el joven pensionado daba vueltas por la ciudad sin una lira en el bolsillo.

El recuerdo de cuantos conocieron a Bosch como docente no empieza en él, sino en su inseparable extensión: un puro de gran tamaño que indefectiblemente le acompañaba, ya fuese en su mano o en su boca, mientras trabajaba o se dirigía a una de sus clases agobiado por el peso de una maleta cargada de libros, con frecuencia de su biblioteca particular a la que dedicaba la mayor parte de sus recursos económicos¹, que pensaba emplear para ilustrar su seminario haciéndolos pasar de mano en mano para que los estudiantes alcanzaran a seguir su explicación. Porque sus clases no eran las disertaciones

¹ IF, Fons Lantier, Ms. 8022, Carta Bosch-Lantier de 30 de marzo de 1954.

monocordes de un sabio profesor elevado en su cátedra que transmite sus conocimientos sin comprobar si los mismos han fructificado. Bosch organizaba —o desorganizaba— sus lecciones en función de los libros que acababa de recibir o de la investigación que estaba realizando en cada momento, haciendo gala de una portentosa memoria y de un excelente conocimiento de la geografía de los territorios que explicaba, utilizando con frecuencia enormes mapas que elaboraba personalmente y sobre los que emborronaba con lápices de colores al exponer sus teorías. Leyendo continuamente, manteniendo una ímproba correspondencia con colegas de todo el mundo, acudiendo a las bibliotecas cada vez que viajaba al extranjero para conocer las últimas ideas sobre los más diversos temas, su espíritu inquieto le impulsaba a plantear continuamente nuevos campos de discusión, hipótesis plausibles que en ocasiones serían comprobadas y en otras desechadas, pero que siempre hacían reflexionar a sus alumnos y planteaban dudas a sus colegas.

Bosch no era un ejemplo de investigador especializado en un apartado concreto de la Prehistoria. Durante su etapa europea cultivó prácticamente todos los campos, desde el Neolítico hasta la romanización, aunque sus querencias las reservará para la cultura ibérica, las colonizaciones fenicia y griega, el problema indoeuropeo, las migraciones célticas y el sistema del vaso campaniforme. Obligado a reciclar su campo de estudio tras su llegada a México, trabajará sobre la problemática del primer poblamiento de América y el arte rupestre americano, entre otras. Sin olvidar que intentaba mantenerse al día y contribuir a la discusión científica no sólo de los temas que ya cultivaba en España, sino también en los relacionados con la organización social —lo que denominara superestructura— de España y sus implicaciones políticas desde la Protohistoria hasta el siglo xx. Y tampoco era un hombre distante. Quienes le conocieron destacan la afabilidad como uno de sus rasgos principales, la cordialidad, la alegre compañía con sus amigos, y la amplitud de espíritu necesaria para convencer por la palabra, sin aspavientos o falsas erudiciones, tan sólo con el razonamiento claro y el aporte de los datos necesarios, pero estrictos. Hasta el extremo de que su hijo Carlos, historiador como él, recordará cómo su padre, cuando revisaba alguno de sus trabajos antes de darlos a la imprenta, los corregía tan a fondo que cuando había acabado con ellos no quedaba prácticamente nada del original, y ello pese a que para huir de la alargada sombra de su padre se había especializado en Historia Contemporánea de América.

El diálogo, el razonamiento de las ideas, lo aplicará también al campo de la política. Bosch ejerció a lo largo de toda su vida de catalán con plena conciencia de su identidad nacional. Pero, aun siendo nacionalista, no entrará nunca en la deriva independentista, manteniéndose en posiciones más moderadas que las representadas por Esquerra Republicana, pero más avanzadas que las muy conservadoras de Cambó y la Lliga. Defenderá sin fisuras los avances sociales, especialmente en educación, destacando su compromiso por abatir la concepción elitista de la enseñanza universitaria y facilitar el acceso a sus aulas de todas las clases sociales, y, aún más, entenderá la cultura como la base del progreso de un pueblo, instrumento clave para cohesionar una estructura social, siendo el deber de la universidad acercarla a la gente, por lo que impulsará los estudios universitarios para obreros. Pero su ideario político, originado en sus estudios sobre la composición etnológica de la Península Ibérica durante la Protohistoria, se centrará en conseguir la colaboración entre todos los pueblos de España desde una concepción federalista del Estado, del que nunca cuestionará su existencia.

Creerá en la colaboración y no en la ruptura, en la suma y no en la división, en el acuerdo antes que en el enfrentamiento, una actitud siempre constructiva que en muchas ocasiones, ya fuese en el ejercicio de cargos públicos o en la gestión universitaria, no será comprendida, sobrepasada por posiciones más radicales a izquierda y derecha, ultranacionalistas, ya fuesen de raíz catalanista o españolista. Y pese a que su posición quedase con frecuencia en minoría, no variará sus planteamientos al considerar que la razón y la fuerza de los argumentos debían imponerse siempre a la exaltación producto de las coyunturas. Tan sólo se defenderá públicamente al cuestionarse su honor e integridad moral al finalizar la Guerra Civil, cuando por intereses espurios los nuevos rectores de la Arqueología española tanto en Madrid como en Barcelona le acusen, sin ninguna prueba como correspondía a la falsedad de los infundios, de asesino y ladrón. En un régimen represivo como el franquista, el hecho de que el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Barcelona no fuera capaz de imputar ningún delito de sangre a quien ejerció el cargo de Consejero de Justicia de la Generalitat durante los últimos veinte meses de la guerra es un claro ejemplo de la rectitud de su actuación.

La equidistancia le llevará a considerar que las monarquías eran un sistema político y social obsoleto que fomentaba la división social e impedía un mejor reparto de la riqueza, pero consideraba

igualmente que el comunismo —siempre tendrá presente su aplicación estalinista— no era tampoco la solución, puesto que no entendía sus planteamientos, aunque sí lo hacía con un cierto ideal anarquista, resultado de algunas de sus experiencias con los comités durante el inicio de la Guerra Civil, cuando trabajó en la protección del patrimonio artístico.

Liberal y demócrata, hacia el final de su vida pensará que el catalanismo político debía avanzar por caminos diferentes a los seguidos durante la República y la Guerra Civil para adaptarse a la realidad del momento, pero no como una claudicación, sino como una necesaria evolución, dado que las personas a las que se dirigía el discurso político eran el resultado de una realidad muy diferente. Opinaba que debía abandonarse el separatismo escandaloso y pintoresco, una exaltación de fe que enervaba a otros españoles, incluyendo a los mejor predispuestos hacia Cataluña y sus reivindicaciones; y reclamaba que alcanzase un estadio de comprensión y modelo de reorganización social que hiciera factible la cita de Francesc Macià: «una Catalunya políticament lliure i socialment justa».

No cabe duda de que Bosch amaba la vida, los placeres de la vida, hasta el punto de ser considerado un epicúreo. Gustaba de la buena ropa, cuidando su aspecto exterior ya desde la época en que cursaba el doctorado en Madrid, y le encantaba fumar, ya fuesen puros o cigarrillos, llegando al extremo de posar en la fotografía oficial del último gobierno de Companys, en julio de 1937, con un cigarrillo en la mano, y de ser recordado por sus alumnos, tanto en España como en México, fumando en sus clases o en su despacho, costumbre que no abandonará pese al disgusto de su esposa, quien no dejará de recriminarle por ello, aunque en su descargo indicará que dejaba de fumar cuando estaba enfermo². Y especialmente le gustaba comer, mostrando en sus escritos un conocimiento de *gourmet* crítico de los platos que degustaba, siendo sus preferencias el pescado y el marisco de la Costa Brava y la Barceloneta en detrimento de los mexicanos, una cocina que, por extensión, no le placía demasiado pues opinaba que en ella se empleaba demasiado chile, como él mismo explicaba:

«... a mí me ha gustado siempre comer bien. En Barcelona llegué a pesar 103 kilos, combinando la vida sedentaria con la alimentación,

² P. BOSCH GIMPERA y R. OLIVAR BERTRAND (1978), p. 66.

que era una síntesis de los pueblos de España: “cocido” andaluz, que es una de las creaciones tartésicas, las comidas sadanápales de Navidad, los arroces a la marinera —resultado sublime de la cultura mediterránea—, las langostas a la brasa, el suquet de pescado que hacía Nieves en L’Escala —y que yo encargaba al llegar a Ampurias para llevármelo, envuelto en carbones ardientes, por la noche al regresar a Barcelona— y los menús de caracoles de la calle Escudellers, sin contar el bacalao al pilpil vasco, las costillas a la brasa de Cataluña y unos corderos asados a los que me invitaba Taracena en Soria»³.

Y es que su apetito era insaciable. Santiago Genovés explicará que durante una comida en México en honor de un invitado alemán de la universidad, Bosch descubrió tras el café una bandeja de bacalao a la vizcaína en una sala contigua y, tras una rápida confidencia, ambos abandonaron el comedor para degustarlo⁴. Los problemas de salud durante la última etapa de su vida le impedirán seguir disfrutando de la buena mesa, pero no por ello dejará de introducir en su epistolario recomendaciones culinarias, quejándose de que una impuesta «dieta blanda» controlada por su esposa le privará de ello, haciéndole adelgazar hasta los 75 kilos.

Formado por su madre, será siempre un apasionado de la cultura. Destacado wagneriano, no dejará pasar la ocasión de asistir a una representación de *Sigfrido* o *Parsifal*, especialmente si se encontraba en Alemania, aunque también apreciará la música de Richard Strauss y Beethoven; acudirá a las exposiciones de pintura y visitará siempre que pueda los museos para volver a contemplar a los maestros que admiraba, especialmente los flamencos y los renacentistas italianos, habiéndose quedado su gusto pictórico —como otros muchos rasgos de su carácter— en los albores del siglo XX. Y ambas, música y pintura, las disfrutaba aún más si podía hacerlas coincidir con su pasión por los viajes, necesitado siempre de admirar lo nuevo y gozar con la contemplación de lo ya conocido, aunque para hacerlo debía realizar equilibrios con su siempre menguado presupuesto, calculando por adelantado sus ingresos para realizar los pagos en el presente.

Será también un gran lector, y no sólo de obras referidas a la investigación prehistórica, pues creía en la formación integral de la persona a través del conocimiento plural. El ensayo histórico y todo

³ *Ibid.*, p. 119.

⁴ T. BOSCH ROMEU (1999), pp. 50-51.

lo referente a la Cataluña contemporánea y la Guerra Civil serán unas de sus constantes durante la última etapa del exilio, realizando con frecuencia reseñas críticas a obras de hispanistas como Stanley G. Payne o Hugh Thomas, aunque también apreciará la literatura policiaca —para leer en la cama antes de dormir—, que sustituirá también en sus últimos años por la revisión de la literatura española, desde Baroja a Galdós.

Amigo de sus amigos, huirá de las camarillas interesadas, apreciará las tertulias y los actos sociales, especialmente las conferencias, llegando en Barcelona a ser miembro de la junta del *Conferentia Club*, integrada por representantes de la burguesía y la nobleza catalana como Teresa Mestre de Baladía o el conde de Güell; una práctica que se reducirá durante la última fase mexicana debido a la evolución de las costumbres que, en su opinión, dificultaban mantener el trato directo con las personas y regulaban por medio de citas los encuentros. Bosch se adaptará mal a los cambios sociales de los años sesenta, denostando a los integrantes del movimiento *hippie*, a los que calificará de «barbudos y melenudos que no se lavan», y, desde una posición política cada vez más conservadora, rechazará también los movimientos contestatarios y/o revolucionarios de finales de la década, tanto en México como en Europa. Si bien resulta un cambio significativo respecto a la etapa en que, junto a sus colegas en la Universidad de Barcelona, deseaba renovar el sistema universitario y acabar con el arcaísmo de la restauración borbónica, o en relación con su compromiso con la República y Cataluña tras la sublevación militar de junio de 1936, no lo es menos que la experiencia del exilio le marcará profundamente y que sus ideas —con excepción de la crítica a la Dictadura franquista— se adaptarán a los parámetros de la política de bloques surgida durante la Guerra Fría.

También en el campo de las creencias cabe notar que Bosch, surgido de una familia profundamente religiosa, será un católico practicante a lo largo de su vida, llegando a circular un rumor por Barcelona en la inmediata posguerra en el que se afirmaba que de joven había estado incluso a punto de entrar en un seminario, premisa que se empleaba para contraponerla a su pertenencia a un gobierno «rojo-separatista». Mantendrá sus creencias en el ámbito privado, aun cuando por su edad no llegó a comprender algunos de los cambios derivados del Concilio Vaticano Segundo, especialmente los que introdujeron nuevas prácticas en la celebración de la misa, como el empleo de canciones folk, utilizadas en la iglesia cercana a su casa de

México. Tampoco comprenderá la beatería ni las excesivas muestras de fervor, como la costumbre mexicana de avanzar arrodillado hacia las iglesias como señal de devoción y práctica de rogativa. Pero sobre todo criticará la posición de la estructura de la Iglesia en apoyo de los regímenes autoritarios y de rechazo hacia los disidentes, que ejemplificará en el caso de Verdaguer, alojado en el piso superior de la casa en que nació después de sus enfrentamientos con el obispo Morgades. Su formación será también una de las causas de su rechazo a los homosexuales, con los que afirmará haber convivido en Londres durante el primer exilio, y en París durante su estancia en la UNESCO, aunque curiosamente no los mencionará al referirse a España o a México. Tampoco entenderá el cambio de costumbres en la juventud, la falta de acatamiento de las decisiones de los mayores y, especialmente, la tendencia a divorciarse de muchas parejas poco tiempo después de casarse. Y mucho menos la eclosión del nudismo y de los *strikers* de principios de los años setenta:

«... los estudiantes barbudos y las chicas con figura de escoba que se pasean desnudos por las universidades norteamericanas son, sencillamente, asquerosos. Decididamente, creo que los desnudos de la escultura griega eran mejores. Probablemente eran un poco idealizados, pero los atletas a los que se dedicaban las estatuas como vencedores de los Juegos, por mucho que el escultor los idealizase, eran mucho más presentables. En cuanto a las damas, yo me quedo con la Venus de Giorgione, y para aquellos a las que les gusten gordas, con las figuras de Rubens»⁵.

Aunque sí recordaba con agrado las saunas que disfrutó en Noruega durante su época de estudiante, en las que los clientes eran atendidos por bellas muchachas. Y es que Bosch tendrá siempre un gran atractivo para las mujeres, llegando a acumular una cierta leyenda de seductor en Barcelona durante los años anteriores a la Guerra Civil.

Será también un impenitente conductor, disponiendo de vehículo propio desde poco tiempo después de obtener la cátedra, aunque del rico anecdótico existente sobre el particular se desprende que sumaba el despiste a la imprudencia, siendo capaz de recorrer el trayecto Barcelona-Lleida en 1937 al volante del coche oficial que te-

⁵ P. BOSCH GIMPERA y R. OLIVAR BERTRAND (1978), p. 305.

nía asignado como consejero de Justicia sin frenos llevando en el asiento posterior del vehículo a un atemorizado chófer oficial; o bien subirse a la acera y circular campo traviesa los terrenos circundantes a la Universidad Nacional Autónoma de México para llegar hasta el Edificio de Humanidades cuando los piquetes de alumnos en huelga bloqueaban el paso de los coches al interior del campus. Llegaron a ser tan famosos sus sucesivos vehículos en la Cataluña anterior a la Guerra Civil que incluso Carles Rahola le dedicó un elogioso artículo: «quien no ha realizado una excursión en el “coche prehistórico” del dilecto Bosch Gimpera, bien podríamos decir que no sabe gran cosa de emociones automovilísticas»⁶. Sin embargo, no tenía ni idea de mecánica, por lo que sus vehículos se averiaban con cierta frecuencia, no recordando en ocasiones la ubicación del taller en que lo había dejado. Y tampoco prestaba gran atención a la conducción, puesto que cuando llevaba acompañantes solía distraerse con la conversación llegando a soltar el volante para enfatizar sus argumentos, pese a lo cual no tuvo accidentes en un tráfico tan endiablado como el de la capital mexicana⁷.

Humanista, se declarará pacifista convencido, defendiendo que la guerra era un atentado suicida contra la Humanidad y la civilización, y la pervivencia de su práctica una rémora del estadio primitivo del hombre que debía ser superado. Pese a ello, desconfiaba que pudiese ser erradicada, no por consideración de su carácter aborrecible, sino porque los organismos que deberían velar por la paz internacional eran demasiado débiles y estaban sujetos a las presiones de los diferentes países que intentaban, ante todo, hacer prevalecer sus intereses particulares, unas presiones a las que no eran ajenos la existencia de ejércitos permanentes, cuya existencia reclamaba suprimir. Llegará a proponer, como fórmula para la abolición de la guerra:

«... la generalización del sentimiento de solidaridad moral y cultural entre todos los hombres, lo que sólo puede tener lugar cuando por efecto del progreso de la educación, de manera semejante en los diversos pueblos, se sientan unidos por vínculos de hermandad anteriores y mucho más fundamentales que los de la convivencia en una

⁶ C. RAHOLA, «L'auto del doctor Bosch Gimpera», *El Autonomista*, 7 de septiembre de 1932.

⁷ T. BOSCH ROMEU (1999), pp. 122-123.

misma nación. Sólo cuando exista la consciencia de que es primero la Humanidad que la Patria se antepondrá el interés humano y la dignidad del hombre a cualquier intento de resolver con violencia conflictos contra estados»⁸.

El rasgo más destacado de su personalidad era, sin duda, el trato, como recordarán muchos de sus discípulos y colegas: «una persona muy agradable, una persona muy culta, maestro nato, porque cualquier cosa que él hacía, decía: ¿sabe por qué lo hago? Esto lo hago por tal y tal y tal. [...] siempre explicaba algo de lo que se sacaba un fruto»⁹, siempre dispuesto a ayudar o sugerir un posible tema de trabajo o la dirección de un estudio¹⁰, y entregar cartas de presentación o de recomendación a quien se las solicitaba. Sin entender los conceptos de la pedagogía moderna, desarrolló de forma innata la idea de la tutoría, la guía del alumno en su formación, con la que disfrutaba y de la que obtenía su satisfacción personal. Era también un trabajador incansable, formado en la escuela prusiana del rigor y la constancia. En México impartía sus clases por la mañana, incluyendo los sábados, tras lo que regresaba a su domicilio, almorzaba, respetaba la ibérica costumbre de la siesta por espacio de quince minutos, y se encerraba en su biblioteca hasta la cena, para proseguir de nuevo hasta el inicio de la madrugada, una dedicación que hacía comentar a su esposa que la relación familiar de Bosch era más de «presencia» que de «acción». Sin embargo, era un hombre muy ligado a su hogar, conviviendo durante casi cincuenta y ocho años con Josefina García, feliz de las vidas de sus tres hijos y de sus nietos. Sentía un gran respeto por la institución familiar, a la que consideraba uno de los exponentes de la civilización, preocupándose durante sus últimos años por lo que consideraba una degeneración al modificarse el modelo que él había recibido y en el que había creído y hecho perdurar.

En 1915, un joven arqueólogo iniciaba su primera excavación tocado con un aparatoso salacot, lo que suponía el inicio de una labor profesional que se prolongará durante sesenta años. Dicha fi-

⁸ P. BOSCH GIMPERA (1930).

⁹ AGGCE, Fondo Exilio en México, Entrevista a Adela Ramon Lligué de 25 de febrero de 1980.

¹⁰ AGGCE, Fondo Exilio en México, Entrevistas a Claudio Esteva Fabregat de 23 de junio y 6 de diciembre de 1981.

gura, ataviada a la moda de la Arqueología colonial alemana en el Próximo Oriente y Mesopotamia, y que contrastaba con el aspecto rudo de los obreros contratados para sus intervenciones en el área de Calaceite, se ha convertido en el icono representativo del organizador de la Arqueología científica en Cataluña. Pero en las calurosas jornadas de La Gessera, nada hacía presuponer que su influencia alcanzaría la categoría de mito.